

MANUEL CIGES APARICIO

Los vencidos

Las luchas de nuestros días

Prólogo de

JAVIER RODRÍGUEZ HIDALGO

Índice

PRÓLOGO

MANUEL CIGES APARICIO Y SU SOMBRA

Por Javier Rodríguez Hidalgo, 7

LA CALIFORNIA DEL COBRE

- El Gibraltar minero, 15
- Camino de Riotinto, 19
- La obra de la codicia, 24
- El hundimiento de Riotinto, 28
- ¡Si hubiese que sobornar a políticos!, 32
- Exposición de agravios, 35
 - El éxodo, 40
- El suicida sublime, 44
- El tiempo es oro, 49
- En la «corta», 53
- Una fecha cruel, 58
- Las riendas de oro, 61
- El agua agria, 65
- El Aventino minero, 69
- Las fraguas de Vulcano, 73
- Un director y un alcalde, 76
- El esclavo suelto, 79
- Últimas impresiones, 83

LA CIUDAD DOLIENTE

- La engañosa apariencia, 89
 - Un orador de café, 94
 - El gran negocio, 99
 - Oratoria y sueño, 104
- Carne de fundición, 109
 - Los tristes, 114
 - Agotamiento, 120
- El bello gesto de los presidiarios, 124
 - ¡Silencio!, 127
- La saludable violencia, 133
 - Epílogo, 139

MANUEL CIGES APARICIO Y SU SOMBRA

CUANDO HA PASADO MÁS de un siglo desde la primera edición de *Los vencidos* en 1910, será necesario recordar en qué circunstancias se escribió y presentar a su autor. Suele tenerse a Manuel Ciges Aparicio por uno de los eternos «olvidados de la generación del 98», aunque lo cierto es que, desde la tesis que Cecilio Alonso le dedicó, no han dejado de reeditarse algunas de sus obras, pese a que pocos editores se han animado a recuperar más de un libro suyo. *Los vencidos* forma un díptico titulado *Las luchas de nuestro tiempo* junto a *Los vencedores* (1908). Curiosamente, estos dos libros nunca han tenido una edición conjunta. En cuanto a *Los cuatro libros*, la obra autobiográfica de Ciges que relata su paso por un penal militar cubano por haber escrito artículos antimilitaristas (*Del cautiverio*), por un sanatorio para tuberculosos (*Del hospital*), por las campañas de Melilla y Cuba (*Del cuartel y de la guerra*) o por las redacciones de prensa republicana (*Del periódico y de la política*), solo se reunieron a mediados de los ochenta, en una edición excelente a cargo de Alonso, y desde entonces solo alguno de ellos ha vuelto a las librerías, siempre en solitario. De su relato *Del cautiverio*, merecedor de elogios ditirámicos por parte de Valle-Inclán, y tal vez el mejor relato de prisiones que se haya escrito en castellano (en una tradición que ha dado lugar a hitos como *Muerte después de Reyes*, de Manuel de la Escalera, o *¡Huye, hombre, huye!*, de Xosé Tarrío), no ha habido más que una reedición en 2012, y quedaba

diluido en un mismo volumen al lado de otros escritos sobre lo que los nostálgicos del Imperio siguen llamando «el desastre».

Ciges Aparicio es, por lo tanto, solo relativamente desconocido. No es extraño que sus novelas no despierten mucho interés, pero sus obras testimoniales, como las que acabamos de citar, siguen atrayendo por su contundencia y por la radicalidad de la postura del escritor. Ciges se labró una reputación de adusto entre algunos de los escritores que lo trataron, y es innegable que su rechazo a las componendas le creó bastantes problemas a lo largo de su vida. Fue encarcelado por criticar la guerra de Cuba en plena orgía patriótica y bélica, justo antes de perder las últimas colonias, y en las semblanzas sin concesiones de los periódicos republicanos en que trabajó pueden encontrarse muchas de las miserias de una prensa con veleidades críticas que, por desgracia, no han desaparecido, ni mucho menos. Ciges murió fusilado poco después del levantamiento franquista cuando, como gobernador civil de Ávila (era militante de Izquierda Republicana desde 1933), se había convertido en un blanco prioritario para los golpistas. Aparte de su persecución del terrorismo de extrema derecha, Ciges había ofendido al Ejército africanista desde que denunció a Miguel Primo de Rivera, en un libro publicado en 1932, por el asesinato, durante la campaña de Marruecos de 1893, del teniente García-Margallo, al que el futuro dictador consideraba responsable del hurto de armas en los cuarteles para lucrarse vendiéndoselas a los rebeldes rifeños (una anécdota que recoge Gerald Brenan en *El laberinto español*).

No es difícil encontrar al Ciges real, por lo que podemos deducir de los testimonios y de los hechos que conocemos de él, en el narrador de *Los vencidos*, que escribe una crónica en Almadén y Riotinto después de que la prensa prestara atención a los hundimientos de algunos pueblos por culpa de la explotación minera. Si el primer libro de *Las luchas de nuestros días* se presentaba en su primera edición como «novela», este que nos ocupa es claramente un relato periodístico, con las licencias propias del género. Alma-

Los vencidos

La California del cobre

I. El Gibraltar minero

ES UN ESPÍRITU BATALLADOR y romántico el que conmigo departe a la puerta de un café cuando la noche va bien mediada. Acostumbrado a contemplar cara a cara los peligros, mira recto y firme. Su palabra vibra en la penumbra con plenitud y confianza.

—¿A Riotinto? ¿Quiere usted ir a Riotinto?...

Tenga cuidado; sea prudente. Cualquier indiscreción le haría perder el viaje. La vigilancia siempre ha sido activa; pero desde el último hundimiento se ha extremado con el forastero. Pregunte poco. Escuche y observe. De nadie se fie. Al ver a un extraño, no faltará quien le brinde amistad. Si le halagan y sonríen, desconfíe más; allí todos dependen de la Compañía y desearán explorar sus intenciones. Si de usted recelan, si creen que es usted periodista, le expulsarán al momento.

—¿Y sus amigos? ¿No podría recomendarme a ellos?

Medita un momento, y dice:

—¿A quién? Son muchos los que protestan; pero me fío de pocos. Ni siquiera estos tienen confianza en sus compañeros. Si le recomendase a alguno de los buenos, no escaparía a la mirada de los espías —cálculanse en cuatro mil o cinco mil los que la Compañía estimula—, y como más o menos pronto se ha de saber que era usted periodista, el duro Virgilio que le sirviese de guía en aquel infierno sería perseguido, él y toda su familia. Sí, señor; la Compañía es dura e implacable, y sus golpes nadie puede pararlos. Un plazo de tres horas concede al minero que expulsa. Aunque persiste en

quedar, le arrojan por la violencia fuera de la región minera. España solo ejerce en Riotinto nominal imperio: suelo y subsuelo, hombres y cosas, las autoridades mismas dependen de los ingleses. ¿Comprende ya la dificultad de recoger informes en aquel sitio?

—Ya lo comprendo.

—¡Si pudiese acompañarle! Pero es inútil pensar en esto. No llegaríamos a las minas. Ni siquiera a vista de pájaro podría usted contemplar las calles hundidas.

Sonríe con leve complacencia y prosigue:

—¡Mentira parece que una Compañía tan omnipotente tema a un pobre diablo como yo! Si me viesen sacar billete, telegrafiarían al director de Riotinto, y tenga la seguridad de que no llegaríamos.

—¿Le han expulsado alguna vez?

—Varias. Un día me condujeron entre carabinas a la estación algunas parejas de *guardiñas*. (Pronto conocerá usted a los *guardiñas*). Mi último viaje ni siquiera pude rematarlo. En la estación telegrafiaron mi salida, y al llegar a la de Manantiales dijéronme que no podía pasar adelante. Protesté, y mis palabras se las llevó el viento. Si vuelvo a protestar, donde voy es a la cárcel. Detrás del tren que me conducía llegó otro de tráfico; quitáronle las vagone-
tas, enlazaron a la locomotora un coche de primera, metieronme en él, y pidiendo vía libre me llevaron hasta el empalme de Niebla en una carrera loca, silbando y rugiendo la máquina, y temiendo yo que en cada curva del camino quedásemos aplastados. Desde entonces, es inútil que pretenda ir a Riotinto.

—¿Y harían lo mismo conmigo?

—¿Por qué no? ¿Quién había de impedirlo?

Si en Huelva le reconociesen y sospechasen el motivo de su viaje, no llegaría al término.

—¿Y si es en Riotinto donde me reconocen?

—Le llamará el alcalde y le dirá: «La Compañía vería con gusto que saliera usted de las minas...».

—Y yo me negaría a salir.

—Sería igual.

—¿Apelarían a la violencia?

—Si saben que lo envía un periódico se guardarán mucho. Probablemente, le llevarán al despacho del director: «¿Qué dinero necesita?», le dirán.

—¡Así!...

—Así. Creen en la omnipotencia del dinero, y se figuran que la visita de un periodista no reconoce otro motivo que la falta de dinero. Es natural; ¡son tantos!... Hasta se han fundado periodiquillos solo para explotar a la Empresa.

—¿Es que a todos alcanzan sus dádivas?

—No; solo teme a la Prensa de Madrid. Cuando hace poco se presentó en las minas el director de un periodiquillo de esos, el de la Compañía lo entregó a una pareja de *guardiñas* para que lo embarcase en el primer tren, y que lo arrojase en Niebla. El pobre hombre iba tan exhausto, que pidió las pesetas necesarias para sacar billete en el Empalme, y ni siquiera para billete le dieron... Sin embargo, la Compañía es muy espléndida, y nada escatima cuando el dar vale la pena. Dígole, pues, que si le conocen le ofrecerán dinero. En usted está aceptarlo o rechazarlo. Con dinero o sin él, festejado o conducido entre *guardiñas*, saldrá en el primer tren, si no es que previenen uno para que le transporte al Empalme en veloz carrera.

—Es raro que a usted no le hayan ofrecido...

—Le diré. He procurado eludir las ocasiones. Frecuentemente es el alcalde —empleado siempre de la Compañía— el que se encarga de esos tratos. Cuando los obreros aún estaban organizados, fui a celebrar un mitin. El alcalde me llamó amistosamente a su casa, pero me negué a acudir, invitándole a conferenciar en el Centro obrero. El alcalde acudió. Yo tuve buen cuidado de no estar solo, y al encontrarse ante testigos, el representante de la autoridad y de la Compañía se limitó a hablarme de cosas indiferentes... No

me han ofrecido dinero; pero por no aceptarlo me hacen el daño que pueden.

—¿Se le ocurre darme algún nuevo consejo?

—Sí; el último. Absténgase de llevar máquina fotográfica. Los lugares hundidos están bien vigilados, y por todas partes verá guardias y *guardiñas*. Si intentase sacar alguna vista le romperían la máquina. Es orden severa del director. Usted podría solicitar luego que le indemnizasen del daño. No le regatearían, esté seguro. Pagaríanle doble, triple de lo que el aparato valiese, y enseguida le conducirían a Niebla...

II. Camino de Riotinto

LA COMPAÑÍA DE RIOTINTO tiene un ferrocarril que pone a las minas en comunicación con Huelva.

El tren va a salir de esta ciudad y he de darme prisa. Cuando quiero pasar al andén, me detiene un hombre:

—El billete...

Lleva sable, escarapela en el sombrero, y sobre las rojas solapas de la chaqueta relucen unas letras mayúsculas: en la solapa derecha, C; en la izquierda, R. T. Es un *guardiña*. A su lado, apoyada en la pared, está la carabina. Mientras taladra el billete me lanza una ojeada investigadora, y pregunta:

—¿Viajante?

—Viajante de Sevilla.

Mientras el tren parte, en el andén forman corros algunos viajeros. Son mineros, gente sórdida, de trajes manchados y color cobrizo. Sus pupilas tienen poca vida. Secos son sus cuerpos, y sus manos cuelgan con pesadez de piedra.

Un tren cargado de mineral entra en agujas y se para al lado. El nuestro sale, corre silbando por los campos, llega a una estación, luego a otra, la tercera sucede. La parada en cada estación es desesperante. Hay que dejar paso a los trenes cargados de mineral que vienen de Riotinto. Dicen que cada media hora sale uno. El sol, entretanto, reverbera en los campos pajizos y hace en los coches sudar a mares. La gente baja para refrescar las fauces con algunos sorbos que toma en una pipa rezumante. De cuando en cuando

pasa un manco o algún cojo, víctima de las minas y empleado en la estación. Todos los guarda-agujas que el curioso viajero ve son inválidos. Aburridos e indiferentes, los *guardiñas* descansan sobre las carabinas. Más larga que en las otras estaciones es la parada en Niebla. Las portezuelas se abren, y los viajeros bajan al andén a fumar y a beber. De un departamento próximo descienden dos trabajadores con la cabeza vendada. Dentro quedan otros. Curiosamente asomo la cabeza, y el primero que veo es un joven con las piernas cortadas.

El tren va a salir. Los viajeros vuelven a su asiento y el silbato rasga los aires. Me he descuidado; el convoy se pone en marcha. Una voz grita:

—¡Que se queda en tierra!

Salto al estribo, abro una portezuela, Y me encuentro en el departamento de los mineros heridos.

Son seis: el joven sin piernas, los dos vendados, otro que al descubrirse ostenta enorme cicatriz donde el sacerdote su tonsura, otro que asegura tener inútil el brazo izquierdo, y el último, de veintidós años, curado ya de la herida que en la espalda le produjo la caída de un liso en la contramina.

—¿De dónde vienen? —les pregunto.

—Del hospital de Huelva —responde el más próximo.

—¿Tan lejos les llevan?

—Allí pasamos la convalecencia. El hospital de Riotinto está siempre lleno, y para dejar camas a los recién heridos hay que trasladar a convalecientes.

—¿Todos los días hay heridos?

—Todos.

—¿Como cuántos?

—¡Quién sabe!... Eso va a rachas. Este trimestre último no ha sido de los peores. Ayer dijeron en el hospital de Huelva que los accidentes apenas habían pasado de cuatrocientos.

—¿Y les parecen pocos?

—¡Pchs!... Verá usted; esto es una guerra sorda; vamos cayendo sin que nadie se entere.

—¿Les tratan bien en el hospital?

—No podemos quejarnos. En el de Riotinto hay dos señoras inglesas que son verdaderas madres. Hasta nos piden perdón a los heridos, creyendo molestarnos con sus muchos cuidados.

—¿Y los médicos?

—Superiores. A la Compañía no le conviene tenerlos malos, porque prolongarían nuestra estancia en los hospitales, y mientras han de abonarnos medio jornal... Además, como son médicos que se pasan la vida cortando carnes y serrando huesos...

Y volviéndome al joven de las piernas cortadas, le pregunto:

—¿Cómo le ocurrió el accidente?

El medio hombre me contesta:

—¡Como a otros muchos! Yo era guarda freno, y los guarda frenos estamos muy expuestos. Tenemos que ir entre los vagones en marcha, hemos de saltar de unos a otros, e ir con los pies en los topes mientras los trenes corren. Fíjese cuando pase algún tren cargado de mineral. Solo verá dos o tres guarda frenos. Creo que el reglamento de minas ordena que haya uno por cada cinco vagones. No estoy seguro; pero, sea como quiera, resultamos pocos. A veces unen a la máquina treinta, cuarenta vagonetas; el camino tiene muchas curvas y cuestas; un descuido, cualquier accidente, lanza al guarda freno entre las ruedas. Aquí me tiene a mí, ¡dos meses hace! Las ruedas me pasaron por encima y me dejaron sin piernas. ¡A los diecinueve años!

Y dirigiéndome al otro joven, le pregunto:

—¿Qué edad?

—Veintidós —dice con acento gallego.

—¿Y qué le ha ocurrido?

—Iba empujando una vagoneta en la contramina. Al lado estaba este. (Este es el de la horrible tonsura). De pronto cayó un

x. La saludable violencia

ESTOY EN UN RINCÓN del Casino, leyendo la prensa de Madrid. Sin duda estoy muy abstraído, cuando no advierto que una persona se me acerca. Pero no es la lectura lo que me absorbe. Las líneas van quedando atrás en el repaso de los ojos, y ninguna impresión dejan en mi recuerdo. A veces retrocedo para recomenzar la lectura del párrafo, y la atención vuelve a huir enseguida... «¿Y tan muertas están sus almas que no claman venganza?», voy pensando mientras leo... «¿Tan grande puede ser la acción del hábito, que en fuerza de ver lo mismo ya no se estremezca su sensibilidad?...». «¿Y no protestan ni se indignan al pensar ante espectáculo tan punzante que muchos de ellos también caerán en ese infeliz estado?...».

Y así voy pensando, cuando oigo una voz severa que me dice:

—Está usted inspirándose en el mal...

—¿Cómo? —pregunto por no haber oído muy bien al personaje, que sin yo notarlo se me ha acercado.

—Que está usted inspirándose en el mal —insiste.

—Explíquese...

—Da usted demasiados oídos a esos cuatro obreros...

—¿Y qué?

—¡No son malos, créame usted!... Pero...

—Pero...

—Díscolos, algo díscolos...

—Pues yo voy creyendo que esos cuatro hombres son los más dignos del pueblo.

Mi interlocutor se siente llagado:

—¡Perdone usted!...

—Usted habrá de perdonarme, pero así lo creo.

—¿Y en qué se funda?...

—En que son los únicos a quienes he visto vibrar e indignarse. Ellos aún están vivos; los demás están muertos. Los demás no son los trabajadores, precisamente; son ustedes...

—¿Por qué?...

—Porque tienen miedo, demasiado miedo. Y aquí hay que indignarse, y que la indignación se manifieste en actos.

—Eso es proclamar la violencia —me dice atemorizado.

—Justamente; hay que pegar. Mientras no sean una amenaza activa, seguirán lo mismo...

El hombre sigue alarmándose:

—¿Y les ha recomendado usted eso?...

—Se lo recomendaría si aquí viviese; pero atizar el fuego, y enseguida marcharme lejos, no me parece bien... Y crea que lo siento... Los he visto muy apegados a ciertos políticos, que los engañarán, que probablemente los están engañando ya... A cambio de sus votos, ellos les prestarán algunos servicios: hablarán con los ministros, les concederán algunas nimias mejoras, y así los dejarán desarmados... ¡Y no es eso!...

—Pensando usted así, quizás sea preferible que no viva en el pueblo.

—Oiga; cuando usted se me acercó, pensaba yo en dos «modorros» que acababa de ver al venir al Casino...

—¡Ah, los modorros! —me interrumpes con gesto indiferente.

—A ustedes, acostumbrados a verlos cada momento, quizás no les impresione... ¡A mí...! Eso es brutal e inhumano... ¡No se puede callar; el silencio es un crimen, y todo lo que se pida para esos infelices será poco!... Idiotizados, sin luz en los ojos y lleno de sombras el cerebro; negra y babeante la boca, podridos todos sus huesos; tardos, rastreantes e hinchados, me han producido la impresión de fofos y

gigantescos sapos... Cuando de ellos hable fuera de aquí, los llamaré así para sugerir idea de lo que son: sapos gigantescos, en que el aspecto humano se deforma... Y fiar a los trapisondistas de la política la defensa de esos seres, es ilusorio...

—¿Y qué hacer?... ¿Se cerrará la mina porque de ella salen los trabajadores modorros?... No son los hombres, sino la crueldad de la Naturaleza quien los mata e idiotiza.

—Entonces, sucederá lo mismo en todas las minas de mercurio.

—¡Está claro!...

—No mucho, y le creí mejor informado. Minas hay que ni compararse pueden con esta en los rendimientos, y los obreros trabajan todos los días del mes sin caer enfermos.

—¿Es posible?...

—Lea usted el folleto que su paisano Marín ha publicado, y lo verá. Claro está —y esto sí que está claro!— que esas minas no se explotan en España, ni es el Estado español quien las administra... Estados más humanos vigilan a los explotadores para que no inmolen al hombre que en ellas entra, y las modernas máquinas renuevan sin cesar el aire en las profundas regiones donde aquí cae enseguida el obrero atacado de las enfermedades agudas del mercurio, que en la alta temperatura absorbe por todos sus poros.

—¡Sí que hay mucho por hacer! —sentencia mi interlocutor.

Como parece que desea añadir algo más, espero sus palabras; pero nada dice. Creo interpretar su pensamiento indicándole:

—Por las buenas, ¿verdad?... Suplicando a los Gobiernos que pongan mejores ojos a este pueblo, ¿no es eso?...

Aunque quiere decir eso, sigue callando, no muy seguro de la eficacia del procedimiento.

—¡Veamos!... Figúrese que el pueblo o alguno de los políticos que desean pasar por protectores del pueblo piden que se abran nuevos pozos, que se instalen buenos aparatos de ventilación, que

se traigan máquinas nuevas para otros muchos servicios que las necesitan. ¿Cree usted que serán atendidos?...

Como nada dice, continúo:

—Quiero conceder que todo eso lo atienda el Estado... La mina ya está en excelentes condiciones para ser trabajada; ni siquiera es inferior a las de Méjico, de Rusia o California... Ahora hay que pedir algo más: hay que pedir que en vez de salir el obrero a cuatro o seis reales diarios, resulte a diez u once pesetas.

—¿Está usted loco? —me interrumpe asombrado mi interlocutor.

—Creo que no...

—¡Diez u once pesetas!... Imposible.

—Imposible porque el Estado y Rothschild quieren cargar con todo el beneficio de la mina, y como nadie se opone, quizás hagan bien...

—Pero lo que usted pretende es absurdo. Bien está que se les aumente el jornal; pero hasta once pesetas diarias...

—La diferencia es tan grande, que por eso parece absurdo; pero minas de cinabrio hay donde el obrero trabaja todos los días, y por su trabajo recibe once francos diarios... ¿Por qué?... ¿Son mejores?... Ya hemos convenido en que ninguna puede igualarse en riqueza a la de Almadén. La mejor de las otras rinde un cinco por cien de mercurio; la de Almadén rinde el quince. La producción del frasco cuesta aquí 57 pesetas, y se vende a 235. Si se extrajese más para dominar el mercado costaría mucho menos. A las Empresas de las otras minas les cuesta la producción del frasco 180 o 190, es decir; tres veces más, y me quedo corto. Sin embargo, pagan infinitamente mejor a sus obreros... ¿Por qué?... La Hacienda mira indiferente a Almadén; pero le gusta embolsarse el seiscientos por cien... Y un seiscientos por cien es demasiado, cuando la gente se muere de hambre, los hombres pierden los huesos por la intoxicación mercurial y algunos adquieren apariencias de gigantescos sapos idiotizados... ¿No quiere el Estado administrar solícitamente

esto?... Pues que se conforme con el trescientos por cien... ¿No lo hace? Que los obreros le obliguen a ceder.

—¿Cómo?...

—Negándose a trabajar.

—¿Aconsejaría usted la huelga?...

—Si yo viviese aquí, así lo haría. Pero no la aconsejaría a des-tiempo. Esperaría el instante de obligar al Estado a rendirse, quisiera o que no. Sería en el invierno: cuando los hornos asesinos están ardiendo y funden el mineral. ¡Entonces! Que llamasen entonces a otros obreros inexpertos, a ver si resistían los trabajos crueles en el cerco de la fundición y en el interior de las minas...

—Pero sería criminal la sorpresa en ese momento.

—Más criminal es el incesante sacrificio de vidas que aquí se hace.

—¿Y si tampoco obtuviesen mejora?...

—¡Entonces!... Entonces, que imiten a los presidiarios: ¡que peguen fuego a la mina!...